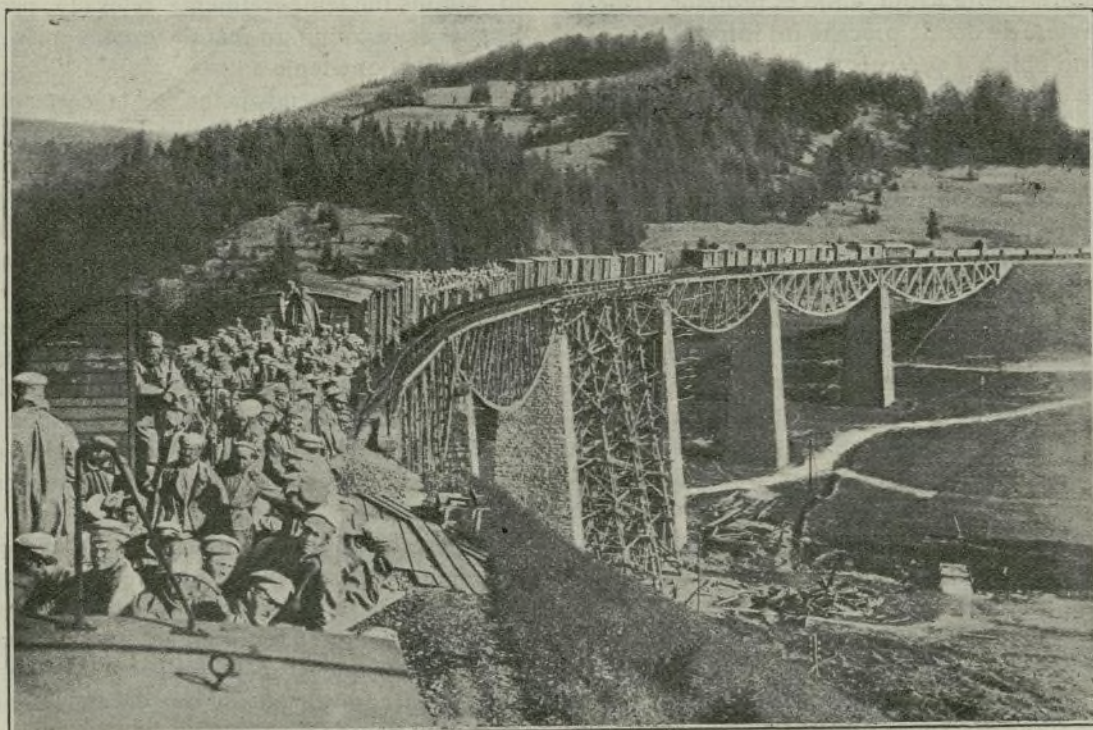


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 63.—BARCELONA 11 DE AGOSTO DE 1915



Tren de prisioneros rusos, atravesando un puente en los Cárpatos

ALEMANIA, ESTADOS UNIDOS Y LOS ALIADOS

La opinión pública está profundamente dividida en los Estados Unidos, entre los germano-americanos y los anglo-americanos. Casi un décimo de la población total es de origen o ascendencia alemana, y aunque por sus sentimientos e intereses es tan patriota como la que más y genuinamente norteamericana, en los asuntos y relaciones extranjeros pesa sobre ella, como es natural, el germen alemán que lleva en sus venas. Lo mismo puede decirse del elemento anglo-americano, que por su número predomina, aunque no mucho, sobre el anterior. Unidos todos por el patriotismo, cada cual lo interpreta a su modo en lo que concierne a la conducta que se debe observar con los beligerantes. Es el mismo caso que ha surgido en todos y cada uno de los países neutrales, y que en los Estados Unidos ha tomado el aspecto de raza, dándole una significación especial.

Que el Gobierno norteamericano guarda sus asperezas y energías para Alemania y sus blanduras y condescendencias para los aliados—que son sus mejores clientes,— es un hecho que se observa hace tiempo y que cada día se pone más de manifiesto. No es extraño, por ende, que surgiera la pregunta: ¿hay algún compromiso o tratado entre Estados Unidos e Inglaterra?, y que la prensa de aquella nación discuta con empeño el tema, el más interesante de cuantos hoy se encuentran en la política internacional. Por eso juzgamos de grande interés la traduc-

ción fiel de un artículo que ha aparecido en el *Fatherland* (Patria), de New-York, que reza de este modo. Se debe a la pluma de Frederick F. Schrader.

¿NO SOMOS YA UNA NACIÓN SOBERANA?

El profesor Roland G. Usher ha confirmado la aserción, publicada en uno de los últimos números de *The Fatherland*, de que existe una alianza secreta entre Estados Unidos e Inglaterra, o lo que Mr. Joseph Chamberlain, el antiguo ministro de las Colonias del Imperio Británico, describió en un discurso en la Cámara de los Comunes, como «este acuerdo, este compromiso, este pacto, si ustedes quieren». El profesor Usher es miembro de la Universidad de Washington, San Luis, y fué profesor auxiliar de Historia en Harvard. Bajo el título «Alianza secreta entre E. U. y los aliados» se dijo en *The Star*, de San Luis, el 2 de mayo:

«Roland G. Usher, profesor de historia en la Universidad de Washington, ha dicho hoy a *The Star* que conocía una alianza verbal secreta entre Estados Unidos y los aliados que luchan contra Alemania y Austria en la presente guerra. Su manifestación seguida de observaciones sobre la tal alianza, se ha hecho pública hoy en New-York por Frederick G. Schrader, escritor de *The Fatherland*, publicación pro-germana de New-York.

»Schrader ha escrito largamente sobre la supues-

ta alianza en *The Fatherland* de 5 de mayo, y pruebas de ella han aparecido hoy en el periódico de New-York, según despachos recibidos por *The Star*. Schrader ha dicho que Usher tenía pleno conocimiento de la alianza por mediación de Charles W. Elliot, presidente emeritus de Harvard, a quien había informado a su vez Roosevelt.

»Yo no he sabido lo que sé porque me lo haya dicho el presidente Elliot, «dijo el profesor Usher», y no revelaré de dónde procede mi información. La alianza no obliga a este país a apoyar a los aliados, sino que es un acuerdo verbal que obliga a este Gobierno a respetar ciertas demandas de los aliados. Entramos en el acuerdo en 1897, cuando Mac-Kinley era presidente de los E. U. Por los términos del compromiso se nos daban ciertos derechos en América, que quedaron expuestos en mi libro «Pan-germanismo» y más detallados en «Pan-americanismo». Cuando estalló la guerra hispano-americana, Inglaterra cumplió su parte del compromiso, haciendo que nadie se pusiera en nuestro camino».

»El artículo de Schrader, escrito para *The Fatherland*, basa principalmente sus conclusiones en el «Pan-germanismo» de Usher, que fué publicado en 1913. El profesor Usher fué antes profesor de historia en Harvard, donde supo el secreto de la alianza por el presidente Elliot, según Schrader».

En el *Times* de New-York, del 7 de mayo—comienza diciendo Schrader (Nota de la R.)—el profesor Usher publicó un escrito titulado «Un cuento de Mr. Usher», en el cual, bien porque expresara sus opiniones sobre las causas de la guerra, bien que obrara movido por Washington, parece disminuir la significación de las manifestaciones que hizo en su libro «Pan-germanismo», comentadas en *The Fatherland*, y declara: «Yo no sé que al presente exista un compromiso entre los aliados y los E. U. hostil a Alemania». Pero es evidente que la carta al *Times*, fechada el 3 de mayo, fué escrita después de haberse creado el caso. La síntesis y substancia de la carta al *Times* es una negativa de que la información procediera del profesor Elliot. Como esto se apuntó más como una teoría que como una aserción, deja el hecho principal—que hay un compromiso respecto de Alemania entre Washington y los aliados—intacto y tal como fué expuesto en *The Star*, de San Luis. Este compromiso, según el profesor Usher en «Pan-germanismo», abraza las siguientes cuatro cláusulas:

1. Que en 1897 había un compromiso secreto entre este país, Inglaterra, Francia y Rusia, para que en el caso de guerra con Alemania los E. U. obrarían como mejor pudieran en apoyo de sus tres aliados.
2. Que ciertos sucesos conducen a la probabilidad de que la guerra hispano-americana se debió en orden a permitir a los E. U. la toma de las posesiones coloniales españolas.
3. Que Inglaterra posee tres poderosísimos aliados: Francia, Rusia y E. U., de los cuales habla como de la «coalición».
4. Que Francia e Inglaterra no permitieron a los E. U. la construcción del canal de Panamá, hasta que se persuadieron de los peligros del Pan-germanismo.

Los juicios de Mr. Usher y del secretario de las Colonias Chamberlain, hablan por sí mismos, y están confirmados por varios incidentes. El pueblo

americano no ha olvidado el discurso del capitán de la marina norte-americana Simms, en el banquete dado por el Lord Mayor de Londres durante la visita de una escuadra americana a Inglaterra, en tiempos del presidente Taft, en el cual declaró que la marina americana combatiría al lado de la inglesa en la próxima guerra, *contra el enemigo común*.

Por esta indiscreción de revelar secretos de Estado, Simms fué temporalmente relevado, pero poco después se le confió un mando mucho más importante que el que tenía antes.

Nuestro actual embajador en la corte de Saint James, Mr. Page, apenas llegó a Inglaterra pronunció un discurso, en el cual ensalzó los estrechos lazos entre Inglaterra y los E. U. y glorificó la idea de un mundo gobernado conjuntamente por Inglaterra y E. U. El discurso fué pronunciado en Southampton, donde se erigió el monumento al Mayflower. Dijo: «El lazo que nos une es un lazo de sangre. Digo, con el debido respeto a las demás razas y naciones, que a nosotros, los que hablamos el idioma de Shakespeare, nos incumbe la responsabilidad de gobernar al mundo. Y añadió: «Los padres de Pilgrim no son solamente hombres directores, sino hombres-directores ingleses».

El derecho con que un embajador expresó públicamente tales sentimientos, un hombre que representa a una república formada por todas las razas, es difícil de comprender, a menos que tuviera razones para creer que sus palabras habían de ser agradables a la administración que le encomendó un puesto tan elevado.

El 28 de enero último, la delegación de la Carolina del Norte, en la que figuraban los senadores Simmons y Overman, miembros de la Cámara; el presidente Graham, de la Universidad de Carolina del Norte; y el profesor George Howe, de aquel instituto, estuvieron en la Casa Blanca para invitar al Presidente a inaugurar la estatua al general Nathaniel Greene. El Presidente dijo: «Que como la celebración en Guilford Court House era una glorificación sobre la Gran Bretaña, creía que su participación en el acto pudiera interpretarse como algo que embarazaría los deseos del Gobierno conducentes a observar la más estricta neutralidad entre los beligerantes, en esta guerra (*New-York Times*, 29 de enero).

En el mismo periódico, 30 de enero, el senador Gallinger se expresó en estos términos: «Me entero por la prensa que está a punto de ser inaugurado un monumento a uno de los más grandes generales de Washington. Guilford Court House es la escena de una de sus famosas batallas de la revolución. Y porque esta ceremonia, en honor a un soldado muerto puede ser interpretada como acto antineutral, el Presidente de los E. U. declina el honor de asistir. *Antineutral ¿contra quién? Debe ser contra Inglaterra. Ella solamente puede sentirse aludida. Si esto es así, nuestra actitud el 4 de julio (aniversario de la independencia (Nota de la R.) debe consistir en arriar la bandera americana de la Casa Blanca y el Capitolio, para que no se interpreten nuestras pasadas victorias de un modo antineutral*».

El coronel George Harvey consideró este acto del Presidente Wilson como prueba ofrecida a Lord Northcliffe de nuestro completo acuerdo con Ingla-

terra, en el número aniversario de su *North American Review*.

No hemos olvidado que el joven Mr. Shuster fué llamado de Persia a instigación de Inglaterra, a pesar de que oficialmente se envió a Shuster a ayudar a dicho país a emanciparse de las garras de Inglaterra y Rusia. Apenas fué llamado Shuster, aquella infortunada comarca quedó dividida en «dos esteras de influencia», entre las dos potencias hambrientas de expansión, Inglaterra y Rusia, como lobos en medio de un rebaño.

¡Se respira la alianza con Inglaterra! *Hombres como Roosevelt, Elliot, Bacon, Harvey, Gardner, Page y Lodge*, son más ingleses que americanos. Ellos saben que el profesor Usher ha dicho la verdad; que, verbal o escrito, «el pacto, si ustedes quisieren», está hoy día en vigor. *En el gabinete del Presidente no hay un solo americano de ascendencia alemana, y si dos miembros nacidos bajo la corona inglesa: Franklin Knight Lane, Secretario del Interior, natural del Canadá, y William Bauchop Wilson, Secretario del Trabajo, nacido en Blantyre, Escocia.*

Se nos dice abiertamente, en todas partes, que la Administración está por Inglaterra y sus aliados. Los hechos ocurridos desde que comenzó la guerra prueban la verdad de esta afirmación. Los que fingen desconocer las aseveraciones del profesor Usher, piden que los Estados Unidos dejen a un lado la política iniciada por los fundadores de este Gobierno y realicen lo que ya es un hecho realizado. Así, George Louis Beer, en el número de mayo del *Forum*, escribe:

«El único método práctico consiste en traducir los cordiales sentimientos existentes entre Inglaterra y E. U. en una alianza más o menos formal, de modo que ambos países puedan juntar su influencia y presión, para que prevalezcan sus intereses comunes y principios políticos.»

«El Presidente de los E. U. puede ser neutral, pero el pueblo de los E. U. está con nosotros en esta lucha. ¡Ellos son nuestros aliados!» Esto se dijo (según el *World*, de New-York, de 28 de abril último, por Sir Herbert Beebohm Tree, en el Teatro de Drury Lane, en presencia de la reina de Inglaterra y del embajador americano, ante un enorme público, en el cual figuraban muchos miembros de la real familia y de la nobleza más elevada. «Sus palabras—nos asegura el corresponsal del *World* en Londres—despertaron una tremenda explosión de aplausos, durante la cual muchas personas volvieron su vista y la fijaron con insistencia sobre el embajador Page».

Si esto es una república y no una oligarquía, el pueblo pide que la nación no quede envuelta en alianzas políticas con potencias extranjeras. *Cuando construimos el canal de Panamá, por el favor y por el permiso solamente de Inglaterra y Francia, el pueblo americano fué engañado.* Desde el día en que el acuerdo entró en vigor, el pueblo de los E. U. abdicó de su soberanía, y su sumisión quedó confirmada por Wilson cuando declaró que era un deber para los E. U. proporcionar armas a los aliados. *Si esto fuera cierto, el neutral no sería ya un Estado libre, un Estado soberano* (Profesor John W. Burgess).

Es significativo que E. U. sea el único país neutral que no haya prohibido la exportación de armas y que nada haya hecho para atajar la ola de li-

teratura incendiaria que nos llega por mar sobre las pretendidas atrocidades alemanas. El consejo federal suizo ha prohibido recientemente salir de las oficinas de correos las traducciones alemanas de los informes franceses sobre las alegadas barbaridades alemanas, y sin embargo, a pesar de su vulgaridad y obsceno carácter, gozan de los privilegios del correo americano, no obstante las protestas del director general de Correos. El gobierno italiano confiscó—antes de intervenir en la guerra—gran número de bultos conteniendo granadas, consignadas a los aliados, construídas en Brescia, Bergamo, Bologna, Milán, Turin, Ancona, Mantua y otras poblaciones.

El lector hará los comentarios que guste; es probable que comience a ver con más claridad en las tinieblas de la política internacional de los ambiciosos, cuyas primeras víctimas fuimos nosotros.

F. LARÍN.

SI VENCIERA ALEMANIA...

IV.—El porvenir de Italia

La acción de Alemania contra Francia, Inglaterra y Rusia no irá un paso más allá de lo que demanden los intereses nacionales. El caso de Italia es diferente: está interesada además en su castigo el alma alemana, hay razones éticas y sentimentales que pesarán tanto o más que las de orden positivo. En otro concepto, todas las naciones del mundo tienen a su favor o en su contra simpatías o antipatías de otros pueblos, y cuando suena la hora de la desgracia, no suelen faltarles valedores y amigos que procuran suavizar sus amarguras. Italia, por su entrada en la triple alianza, se indispuso con Francia, con la cual dista mucho de hallarse de acuerdo y de haber anudado una buena amistad, pese a su intervención en la guerra; ni hablar se debe de sus relaciones con los imperios centrales; malquistada con Turquía; indisputada con Serbia y Grecia por sus pretensiones y acción sobre la península balcánica; sólo egoístamente apoyada por Inglaterra; y en contraposición sus intereses con los de Rusia, Italia tal vez no se ha dado cuenta de haber quedado aislada en el mundo, sin apoyo moral, y con la enemiga latente de gran parte del catolicismo. Si es vencida, será tratada sin misericordia ni compasión, y sus llamados amigos de hoy serán los primeros que traten de desquitarse de sus quebrantos a expensas de la península mediterránea. Desde otro punto de vista, las guerras de la segunda mitad del siglo XIX y de la presente centuria han demostrado cuánto hay de ficticio en el poderío italiano, y lo mucho que falta a ese pueblo para tener la fortaleza de una nacionalidad vigorosa que ha llegado a su mayor edad. Ni siquiera, como otros muchos países de Europa, cabrá a Italia el consuelo de sentirse reconfortada por los sentimientos de otras naciones a quienes diera el ser y con él la civilización. Salvando todos los respetos y dando a la frase un carácter simplemente político, Italia es el prototipo de las naciones egoístas, que no dan ni ofrecen nada y lo piden todo; ese egoísmo cuesta siempre caro cuando en el reloj del tiempo aparece la hora de la desgracia.

Difícil es de prever lo que será de Italia si triunfa Alemania; pero sí puede anticiparse que la Italia de hoy acabará y desaparecerá. El Norte de la península, Piamonte, Lombardía y Véneto, tal vez también el Milanesado y Florencia, se repartirá entre Austria-Hungría, Suiza y Francia. Sicilia y el S. de Nápoles verán acomodarse en sus costas nuevos señores, para atalayar y dominar las rutas marítimas del Mediterráneo. Trípoli volverá a poder de Turquía, con un régimen administrativo alemán.

El gran problema es el del centro de la Península, y no por la dificultad de dividirlo en pequeños Estados, vigilados de cerca por las poderosas naciones del Norte, sino por la presencia del Papa en Roma. Esta es una de las cuestiones más delicadas que habrá de abordar la diplomacia alemana en las conferencias de la paz. Se ha hecho una campaña tan persistente y dura contra la moralidad y la rectitud de

sin contemplaciones para que el reino de Italia desaparezca de Europa.

Pero los políticos italianos son demasiado perspicaces para no advertir estos y todos los riesgos que amenazan a su nación. Con la misma tranquilidad y despreocupación con que declararon la guerra, tratarán de salirse de ella así que vean obscuro el horizonte. Es muy posible que la lenta e ineficaz acción del ejército italiano en el Friul y el Trentino, se deban al propósito de ofrecer a Austria la paz mediante la entrega de la ribera occidental del Isonzo y la comarca del lago de Garda, con lo que el amor propio nacional se daría por satisfecho y se afirmarían la unidad y fuerza del Reino. Por poco empeñada que Austria se encuentre en las otras fronteras, aceptaría estas indicaciones, y el estado italiano, habiendo hecho un mínimo de sacrificios, lograría más ventajas que los demás aliados. Sin embargo, sólo



Tropas alemanas en Gorlice, disponiéndose a emprender la persecución de los rusos

intenciones de Alemania, que el Imperio ha acabado por comprender que no le basta triunfar en los campos de batalla, sino que ha de demostrar con hechos tangibles, visibles a todo el mundo, lo calumnioso de aquella cruzada; y la cuestión del papado podría enagenarle las simpatías de muchos y muchos millones de personas repartidas en todo el orbe. Por eso es de suponer que en la determinación del porvenir de Italia sea Austria-Hungría, y no Alemania, quien señale las soluciones, y que en ellas se atienda por igual a los motivos materiales y a los factores de orden moral. De todos modos, cualquiera que sea el partido que prevalezca, mientras Inglaterra, Francia y Rusia continuarán figurando en el mapa del mundo, sin ser objeto de mutilaciones que comprometan su existencia, el reino de Italia se derrumbará, y la unidad italiana desaparecerá antes de haber llegado a ser un hecho. Si más adelante se vuelve a encontrar Italia en posición favorable para repetir sus maniobras políticas con unos y otros, será contra la voluntad y las previsiones de los vencedores de hoy, quienes, no hay que dudarlo, aplicarán el cauterio

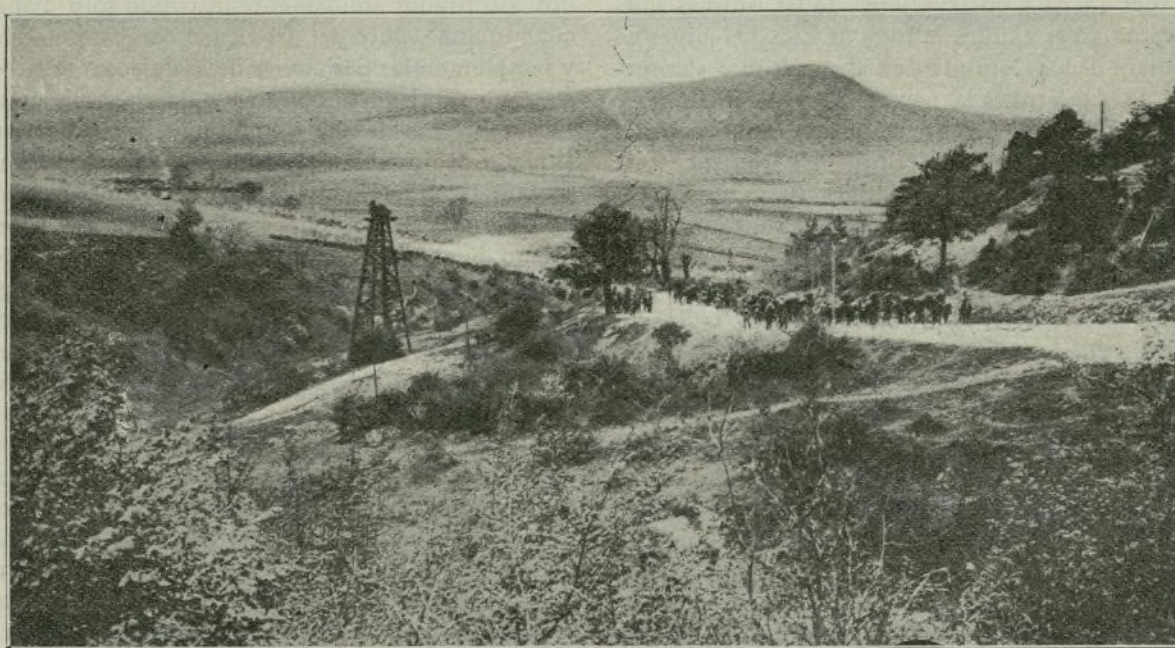
en último término admitirá Austria una paz que lleve aparejadas mermas de territorio, por insignificantes que sean; si la campaña se desenvuelve victoriosamente, cerrará los oídos a las pretensiones italianas y se dispondrá a caer contra sus antiguos aliados, para tratarlos a sangre y fuego y despedazar el Estado político.

Todavía, no obstante, es de creer que la diplomacia italiana se anticipe a la austriaca, y Roma ofrezca cesiones territoriales que, por dolorosas que sean, no entrañarán la gravedad del fin del reino. Si la oferta se hace en el momento oportuno, habrá muchas probabilidades de que los dos imperios, atentos con preferencia a lo mayor, se resignen a dejar salir del palenque con poco quebranto a Italia. Todo depende de elegir el instante histórico para terminar la guerra. Siendo así, Alemania, con dolor de su corazón, renunciará al castigo que cree debe imponerse a Italia.

Entre tanto, de la misma manera que Francia protege a Inglaterra, defiende a Italia, porque la derrota de Francia sería el hundimiento de Italia. Esta

hace la guerra con un pie puesto en el estribo para volver atrás y poner fin a las hostilidades, de suerte que la campaña militar parece inspirarse en los mismos principios que la diplomacia del Quirinal: ir siempre a las ganancias y nunca a las pérdidas. Pero en esta ocasión el sistema de equilibrios y circunstancialidades depende, más que de Italia, de la resistencia que sigan presentando Rusia y Francia, sobre todo esta última. Elocuente prueba de lo que decimos es lo que está sucediendo con Turquía, con quien Italia no quiere romper, y la extrañeza que produjo en la península el gesto airado de Alemania cuando la declaración de guerra a Austria. Así como los franceses creen que todo lo que interesa y conviene a Francia, interesa y conviene al mundo entero, se figuran los italianos que pueden obrar a su antojo, sin que nadie se sienta perjudicado ni lesionado si no se le ataca de un modo directo y explícito; llegan

escribía a sus electores, desde el cuartel general inglés, Mr. Arthur Len, miembro del Parlamento: «Nuestras tropas no comprenden por qué la nación más industrial del mundo no puede proveer la cantidad necesaria de municiones, al cabo de ocho meses de guerra. Pólvora y proyectiles en una abundancia siempre creciente, es la primera exigencia del momento». Desde entonces se ha trabajado mucho en Inglaterra para evitar la carencia de municiones, pero a pesar de ello continúa el clamoreo; mejor dicho, se ha hecho más intenso. Lo mismo nuestros enemigos que nosotros, hemos tratado de investigar las razones fundamentales del completo fracaso de la industria inglesa. La *Nueva Prensa Libre* de Viena traía hace poco las explicaciones de grandes industriales austro-húngaros sobre este asunto, desarrollando con mucho detalle y gran exactitud las razones técnicas y orgánicas. Pero ni



Tropas austriacas en el paso de Dukla (Cárpatos); en la izquierda una torre elevatoria en los yacimientos petrolíferos

hasta a imaginar que ante los pretendidos derechos de Italia no han de alzarse otros derechos; y ¡la esfera internacional no es más que un conjunto de derechos e intereses contrapuestos! Lo que para unos es justo, es injusto para los otros.

Para terminar, prepárese el lector a recibir sorpresas del lado de Italia. Tal vez algunas de ellas no trasciendan enseguida al público, pero se sabrán más o menos pronto. Más que el ejército, trabaja y trabajará su diplomacia, que no perdonará ocasión ni medio para paliar los desastres de las armas antes que sean irreparables y decisivos, si triunfa Alemania.

.....

EL CLAMOREO POR MUNICIONES EN LOS ALIADOS

Hace meses que se leen en la prensa los mismos epígrafes: «La falta de municiones en Inglaterra». «La cuestión de las municiones en Rusia», etc. Nuestros periódicos llenan columnas y columnas con extractos de artículos ingleses, franceses y rusos. Las quejas son más acentuadas en Inglaterra. Ya en marzo

con esto, ni con los sucesivos artículos de nuestra prensa se ha abordado el punto capital de la cuestión. Ante todo, *son razones de índole militar las que ocasionan la falta de municiones en nuestros adversarios*.

El ejército inglés en su actual fuerza y organización es un producto de la necesidad, una improvisación militar con todas sus debilidades. Los depósitos de municiones bastaban para la fuerza de tiempo de paz y para las unidades que reglamentariamente se formaran al principio de la guerra. Más allá de esto, no había cálculos de consumo, ni previsión orgánica alguna. Inglaterra, en su imperio mundial, tiene siempre alguna guerra que apenas turba la tranquilidad de los flemáticos habitantes de la metrópoli. Pero que la guerra boer tenía que ser un paseo militar en comparación con la actual lucha, nadie era capaz de preverlo. Ahora se destaca con toda claridad que aun los centros directores de Inglaterra han quedado completamente sorprendidos con la seriedad de la guerra presente. Sólo así se explica el descuido en los preparativos para esta guerra.

Por un afortunado consorcio de la teoría y la práctica, se ha hecho grande la industria alemana. El inglés ha despreciado orgullosamente el progreso de las ciencias. Le faltan, por tanto, las grandes directrices para nuevas organizaciones. Esto se revela ahora en el ramo militar, el cual en la lucha gigantesca no puede constituir una entidad autónoma, como en las acostumbradas guerras coloniales, sino que está íntimamente enlazado con el resto de la vida administrativa del país. Por esta causa, obramos con plena conciencia en las cuestiones administrativo-militares, mientras que los ingleses tantean y cambian los sistemas. ¡Ahora van a retirar del frente de combate centenares y miles de hombres para llevarlos de nuevo al trabajo! Análogas disposiciones se adoptarán en Francia.

Obedece este rasgo del carácter de la nación inglesa a que los centros directores de su ejército no se dedicaron, como nosotros, al estudio profundo de las experiencias y observaciones de las últimas guerras. Sólo así se explica la frase de Lloyd Georges en la cámara de los Comunes, en abril último: «La sorpresa de la guerra es la necesidad de municiones y cañones». Nuestro ministerio de la guerra no experimenta igual sorpresa, porque en una incesante labor de tiempo de paz ha seguido, hasta en los ínfimos detalles, todos los sucesos de las últimas guerras y dedujo enseñanzas para lo porvenir. La siempre ascendente curva del consumo de municiones, desde la guerra de 1870-71, nos infundió la mayor previsión en el cálculo de las necesidades. En la batalla más sangrienta de aquella guerra—Vionville—correspondieron, en el tercer cuerpo de ejército, 35 cartuchos por fusil y 162 disparos por cañón. En la Mandchuria (Mukden), ascendió el consumo a 196 cartuchos y 504 disparos de cañón.

El estudio de las últimas guerras, con la posibilidad y consecuencias de una guerra de posiciones sobre extensos frentes, nos obligó con mayor empeño al cálculo del consumo de municiones. Sin renunciar al propósito de aniquilar al enemigo con golpes rápidos, se imponía la prudencia al apreciar la importancia de las actuales armas de fuego. Nadie podía pronosticar con certeza que la guerra universal adoptaría las formas que presenciábamos hoy. El conde de Schlieffen (*) hablaba en sus obras de la guerra de posiciones sobre frentes gigantescos que podría traernos la guerra futura. Pero también esperaba—¿y quién con más autoridad que este general?—que el mando superior sabría evitar tal guerra de posiciones. De todas maneras, cuidó oportunamente de que nuestro ejército estuviera aprovisionado para una guerra de esta naturaleza. Para nuestra suerte, actuaron en el mismo sentido las obras de fortificación del Este de Francia. En oposición con las tendencias de otros ejércitos, introdujimos hace mucho tiempo en el nuestro de campaña las piezas de grueso calibre para fuegos curvos. Sólo en los últimos tiempos siguieron nuestro ejemplo Francia y Rusia. La administración de nuestro ejército, por lo tanto, ha tenido ocasión sobrada para conocer prácticamente las particularidades de esta arma y sabe a la perfección, hace muchos años, las enor-

mes cantidades y pesos que consume. Los sorprendidos han sido, pues, nuestros enemigos, particularmente los del otro lado del Canal. Nos alegramos de la sorpresa y dudamos con razón de que en mucho tiempo puedan ponerse a nuestra altura, respecto a esta materia.

Dice un proverbio japonés: «La luz del sol penetra hasta por las más pequeñas rendijas.» El señor Lloyd Georges ha sido tan imprudente que nos ha descubierto que el consumo de municiones en el ejército inglés había subido en la relación de 20 a 388, siendo solamente los efectivos de las tropas en campaña seis veces mayores que al principio de la guerra. Estos datos le dicen al técnico mucho más de lo que pudo presumir el orador. Tienen el efecto de los rayos de sol en la obscuridad.

Al principio de la guerra teníamos enfrente, en Flandes, regimientos bien instruidos. El consumo de municiones se mantuvo en límites moderados. El tirador sólidamente instruido sólo dispara, cuando está seguro del tiro. En el combate moderno y también en las posiciones de la defensa, el tirador elije por sí mismo el objetivo y la clase de fuegos. La instrucción de tiro individual es, por lo tanto, el factor decisivo en el éxito de los fuegos y en el consumo de cartuchos. El soldado bisoño dispara a distancias, para las cuales el veterano se mete el plomo en el bolsillo. Está en alto grado sometido a la influencia deprimente de la lucha y ve peligros donde no existen. En la obscuridad de la noche considera cualquier ruido a vanguardia como la señal del asalto. Y así el tirador inexperto dispara su fusil cuando no existe objetivo alguno, y así se hacen cientos y miles de disparos. El consumo de cartuchos es, de esta suerte, el graduador seguro de la instrucción del infante y de la disciplina de la tropa. De igual manera aumenta el gasto de municiones de la artillería, cuando jefes de batería mal instruidos dirigen el fuego, sea cualquiera la instrucción de los sirvientes. En esto sí que es decisiva la instrucción de los jefes, que no puede nunca adquirirse en pocas semanas. A causa de los extraordinarios aumentos de la artillería, el ejército inglés sentirá seguramente una gran falta de jefes de batería, que posean suficiente práctica en la observación y dirección de los fuegos. El empleo de la artillería en posiciones a cubierto, reclama, aun con oficiales muy prácticos, un gran derroche de municiones. Los cañones de tiro rápido modernos gastan una enorme masa de proyectiles cuando están confiados a oficiales de escasa experiencia. Hay que agregar a todo esto, que la infantería mal instruida logra pocos resultados por su propia fuerza, pues necesita mucho más del apoyo de los fuegos de artillería. En la guerra de posiciones las piezas disparan, con preferencia, granadas con espoleta de percusión, cuya zona de efectos es limitada. Para la acción que en otros tiempos producía un shrapnell contra objetivos a descubierto se necesitan, en el caso que consideramos, muchas granadas. Los objetivos se adaptan tan hábilmente al terreno que sólo puede descubrirlos un observador muy ejercitado. Su poca profundidad requiere un procedimiento de tiro que permita la observación cuidadosa de cada disparo.

Las listas de bajas de los ingleses enseñan que nuestros cañones, ricamente abastecidos con muni-

(*) Antecesor del actual jefe de Estado Mayor del ejército alemán, y la figura más eminente de la Europa militar moderna.—(N. del T.)

ciones, cosechan, de continuo, espléndidos resultados. Los claros en las filas enemigas se han de llenar con prontitud cada vez mayor, y por fuerza ha de acortarse el período de instrucción. Así, pues, no cesará la falta de municiones en el ejército inglés.

Francia no padece la escasez de municiones en igual medida, porque de ello se cuidó en tiempo de paz. Sólo recientemente se produjeron quejas, no sabemos hasta qué punto justificadas. Quizás denoten maniobras de la prensa para impedir la aprobación de un proyecto de ley, llevando a las trincheras los *emboscados* en las fábricas de municiones, que como es sabido pertenecen en su mayoría a las clases ilustradas.

En Rusia, por el contrario, la cuestión de las municiones es objeto de serias inquietudes, y las razones son obvias, después de lo dicho. Agrava el problema el que la industria rusa no esté en condiciones para atender, por su propio esfuerzo, a necesidad tan apremiante.

Traducido por el
MARQUÉS DE ZAYAS

(Del *Militar Wochenblatt*).

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Entre burlas y veras

—¿Matan ustedes diez mil alemanes diarios, según recomendó el chistoso Repington, señor B?

(El señor B).—Camino de eso vamos.

—Ese camino ¿no será el de los Dardanelos?

(El señor B).—¿Por qué?

—Porque allí han tenido ustedes 39.000 bajas en un mes contra siete de los alemanes; las demás correspondieron a los turcos. ¿Cree V. que durará mucho la guerra?

(El señor B).—Mis amigos, los ingleses, calculan que veinte años.

—O sean 7.300 días, que a un promedio de 1.300, dan un total de 9.490.000, en los Dardanelos solamente, contra 1.680 bajas alemanas. La diferencia no vale la pena; no llega a nueve millones y ¿qué son nueve millones de hombres más o menos para la Gran Bretaña?

(El señor B).—Olvida V. lo que acontece en Flandes.

—¿Me lo recuerda V? Por cada prisionero alemán, cuatro ingleses; si la proporcionalidad de muertos y heridos es la misma, los 10.000 alemanes diarios corresponden a 40.000 ingleses, y en 240 meses resultan 290.200.000. Pero la Gran Bretaña es grande, como Alá ¿no es cierto?

(El señor B).—Mayor de lo que V. se figura.

—Pero no mayor de lo que será dentro de veinte años, porque ¡como habrá quedado vacía! Y de la guerra de Rusia ¿qué me dicen ustedes?

(El señor A).—Va a pedir de boca. Los rusos se defienden siempre, contraatacan... Supongo que ya no pondrá V. en duda su victoria final.

—¡Ni por asomol! ¿Han llegado los alemanes a Petrogrado, a Moskú, a la Siberia? Es verdad que aún aguardan a los rusos en Berlín y Buda Pesth, pero ¿qué importancia tienen esas capitales?

(El señor A).—¡Ninguna! La paz se firmará en Rusia.

—¡Eso es! Para que se fastidien los alemanes y tengan que hacer el viaje de regreso. Sin duda por eso la guerra terminará con una retirada alemana y el triunfo será de los rusos.

(El señor A).—En serio o en broma, así será. No hay quien pueda con los rusos. Ha tardado en ser conocida su estrategia, pero al fin se ha visto clara. ¡Parece mentira que los alemanes, que se precian de sabihondos en achaques de milicia, se hayan dejado coger en la trampa! ¡Cuidado que se necesita ser torpe...!

—¿Qué estrategia es esa, señor A? ¡Estoy como sobre ascuas!

(El señor A).—¿Qué fueron los ataques a la Prusia oriental y la invasión de Galizia sino incentivos para que los austro-alemanes entraran en Rusia, de donde ya no podrán salir?

—Así lo voy viendo; muchos de ellos se casarán allí, adquirirán tierras, explotarán industrias... ¡Sí! Seguramente no retornarán a Alemania, y el pobre nieto del Kaiser se verá privado de soldados. ¡Cómo discurren los rusos! No me lo figuraba. Esa diabólica idea ¿quién se la ha sugerido, los japoneses o Pau?

(El señor B).—Me inclino a creer que los rumanos o tal vez los suecos.

—No hable V. mucho, señor B, porque los ingleses no están para chistes; se dedican a cosas más prosáicas: crean ministerios; van arrojando a los franceses e italianos de los mercados de América; han puesto a sus aliados en la parte E. de la península de Gallípoli, en el puesto de honor, el sitio a donde llegan los proyectiles turcos disparados desde las costas de Asia; cuidan como madre amorosa de Dunquerque y Calais; abren los brazos de Kitchener a Botha; pronuncian discursos; organizan el trabajo en las fábricas; y... comercian, comercian mucho; el derecho es una cosa y la despensa otra.

(El señor B).—¿Por ventura quisiera V. que holgaran y se empobrecieran?

—¡Tantas cosas quisiera yo! Con todo, no negaré que desempeñan su papel en la alianza. ¿Se puede vivir sin trabajar y divertirse, a ratos? ¡No! Pues ellos trabajan y se expansionan, mientras los otros se baten. Así quedan equitativamente repartidas las cargas y tribulaciones, porque comprendo el sacrificio que debe de ser el tener que asistir a las carreras de caballos, sports, teatros, etc., cuando a pocos kilómetros de distancia perecen millares de hombres. ¡Hay que hacer frente a las circunstancias!

(El señor B).—También van al teatro los alemanes.

—Para consolarse de los triunfos estratégicos de los rusos y del laberinto.

(El señor B).—Diga V. que sólo quiere mirar lo que pasa en Inglaterra y no lo que acontece en Alemania.

—¿Para qué? ¿No me cuentan los periódicos que allí sólo se puede comer carne en forma de píldoras, que se ha desatado el cólera, que los generales regañan y riñen los soldados, que los bigotes del Kaiser están lacios y que un poeta francés ha descubierto una nueva barbarie alemana? Verdades son éstas que me tienen muy inquieto. Si no fuera porque los ingleses me tranquilizan, me recluiría en casa y cortaría estas conversaciones.



Seiscientos niños bávaros en las calles de Munich, vendiendo banderitas de las tres potencias aliadas y diversos objetos, para arbitrar fondos con destino a la Cruz Roja



La hora de la comida de los prisioneros ingleses en el campamento de Teltow



Prisioneros rusos, constructores de un horno, que se ve detrás de ellos



Aspecto de una calle de Bixhook (Flandes belga), sometida al tiro de la artillería inglesa

(El señor A).—¿Los ingleses?

—¡Es claro! ¿No dice el señor B. que la guerra ha de durar veinte años?

(El señor B).—Así lo proclaman los estadistas ingleses y sus órganos en la prensa.

—Aceptando este pronóstico, la cuenta es clara. En un año de guerra, la natalidad en Francia se ha reducido a un tercio de la normal, y en Alemania no ha disminuído apenas la cifra. Dentro de veinte años, los franceses tendrán 50.000 mozos de esta edad, y los alemanes 600.000. ¿Hace falta deducir la consecuencia?

(El señor B).—¿Y Rusia, y la Gran Bretaña? ¿No tiene V. en cuenta a Italia?

—De aquí a veinte años, los italianos es posible que se hayan consolidado en el Isonzo, y sus avances de una pulgada diaria alcanzarán casi a un par de hectómetros; los rusos, a este paso, volverán a habitar en las cavernas del Cáucaso y los Urales; y los ingleses...

(El señor B).—¿Qué? ¿Por qué se detiene V. y no prosigue?

—Temo disgustar a V., y no me atrevo a declarar mi pensamiento.

(El señor B).—Tantas lindezas hemos oído de labios de V., que una más no nos hará efecto.

—¡Siendo así...! Pero... no, no; resueltamente me callo; temo que tire V. la taza de café a la cabeza del señor A: y sentiría verle descalabrado, aunque no tanto como sus amigos.

(El señor A).—¡Será la cabeza de V. la que peligrará y no la mía! ¡Ja, ja!

—¡Como el señor quiera, que dijo el otro! Dentro de veinte años, mi querido señor B., los ingleses, que habrán dado ya con el plan de organización que les conviene, plan alemán, según ellos mismos reconocen, vivirán tan ricamente, sin preocupaciones, rodeados de sociedades de previsión y seguro, espléndidamente pagados...

(El señor B).—¡Delira usted, don Subrio! ¡Pagados los ingleses, cuando son ellos quienes tienen a sueldo a la mitad de los pueblos de la tierra!

—¿No hemos quedado en referirnos a lo que ocurrirá dentro de veinte años? Ahora pagan ellos; entonces, les pagarán, no sin antes haberles administrado un buen vomitivo recetado por el derecho, la justicia y la libertad... porque Inglaterra no será ya la Gran Bretaña, sino la Nueva Sajonia, una colonia alemana; los emigrantes ingleses poblarán las costas francesas del canal...

(El señor B).—¡Por los clavos de Cristo, don Subrio! ¡Ha perdido V. el juicio!

—Otros lo han perdido antes que yo y están vivos y coleando. Si se enfada V. por lo de los veinte años, pondremos cuarenta, cincuenta...; ¡más, no! Y si no quiere V. que sea una colonia alemana, lo será irlandesa, noruega, china.... ¡Ganará el pan con el sudor de tu frente! Las frentes ajenas están casi secas, y se acerca rápidamente el momento de que comiencen a sudar las inglesas. ¡Bien se están defendiendo con el pretexto de la organización!, pero todas las comedias tienen término, y esta guerra está despertando el entendimiento a muchos pueblos que antes eran tontos. En vano las máquinas de imprenta laboran para que no despierten de

su sueño letárgico; ¡los golpes son tan recios, que pueden más que los discursos!

SUBRIO ESCÁPULA

COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

En la retaguardia del ejército en campaña

VIII

Depósitos y Almacenes

La panadería no nos retiene mucho tiempo, pues aparte de que los trabajos que en ella se verifican nos son conocidos de antaño y no ofrecen nada especial del carácter del campamento, el calor despedido por los hornos no es nada agradable. La tarde bochornosa y la atmósfera sofocante de puro pesada, anuncia lluvia. Por nuestra parte, adelantándonos a los acontecimientos, chorreamos ya. ¡Tanto sudamos! Deseamos salir al aire libre. Echámonos a la calle.

En vano. No corre el más ligero soplo de viento. De buen grado renunciaríamos por el pronto a satisfacer nuestra curiosidad, para aprovechar el resto de la tarde en la frescura de un baño, de que tanto han de menester nuestros cuerpos. Mas tales pensamientos son contrarios al espíritu del medio. El oficio de las armas es tan recio y duro, que en él no debe cansarse el cuerpo, ni titubear el espíritu. Y eso tiene de bello y elevado, que en su ejercicio olvida el individuo su propio ser para entregarse completamente al servicio de una comunidad humana. Aquí todos son soldados, y el régimen, militar. A la voz de nuestros acompañantes, hacemos una rápida visita a los depósitos de municiones.

En espaciosos almacenes encuéntrase cuidadosamente arregladas largas hileras de cajas de municiones. Cada caja lleva un rótulo ostensible y claro indicando su contenido. Separadas, se ven las que contienen municiones para la infantería y artillería.

A la entrada yacen algunas granadas de gran calibre (10, 12 y 15 cm.), que provienen del campo francés. La intención era seguramente más mortífera que los resultados, pues ni siquiera han explotado al caer. Pero aquí no basta la intención: los hechos deciden las batallas. Intención también teníamos de ver las bombas de los grandes «Brummer», que en traducción directa se llamarían «moscardones» y que no son otra cosa que los conocidos (aunque por muy raras personas vistos) morteros de calibre de 42 cm., tan temidos de los aliados por cuanto no respetan los más gruesos muros de cemento armado en su impulso aterrador. Nuestro turno llegó, sin embargo, de que nos quedáramos con las mejores intenciones. Y más nos hubiera valido no expresarlas, pues apenas escuchado nuestro deseo, nos condujeron nuestros guías a otra parte, pues, como dicen, aquí no hay nada más que ver y el tiempo es corto, ellos tienen prisa y la obscuridad de la noche amenaza envolvernos antes de visitar otros lugares más interesantes. De buen o mal grado hemos de condescender y contentarnos con las relaciones que los oficiales nos hacen, en tanto avanzamos camino de los depósitos de vestuario. Ponde-

ran en extremo el cuidado minucioso e inteligente que requiere el abastecimiento de las tropas con municiones, en la línea de fuego. La escasez, para no hablar de la falta total, de cartuchos en un encuentro o en un ataque, significa la derrota ineludible de la tropa. El avituallamiento es ciertamente de capital importancia; pero la medida de su consumo y los términos de su presentación se hacen de una vez para todas. En cambio, el consumo de municiones puede ser en largos períodos insignificante y de pronto crecer en proporciones indeterminadas, a las veces colosales. No es siempre presumible para el Inspector de Etapas cuándo se presentará una batalla y menos escaramuzas, ni, mucho menos, el uso y hasta desperdicio que los soldados hagan del parque. Por estas razones es la tarea del Comandante del Parque de Municiones tan delicada y llena de responsabilidad.

Cada soldado lleva en su cartuchera su dotación completa de municiones, es decir, 150 cartuchos S (o 120 cartuchos mod. 88); esta dotación, sin embargo, se aumenta en casos necesarios.

Con cada compañía va siempre un carro de campaña que la acompaña hasta la línea de fuego. En cada convoy cada hombre tiene 85 cartuchos y 124 en el parque. Antes de un ataque se vacía y su contenido se reparte entre los soldados. Los carros de campaña hay que volver a llenarlos, sin que para ello tengan que alejarse mucho de la tropa. Para esto sirven las columnas del parque, las cuales obtienen su carga de los almacenes que acabamos de ver.

Se hace un poco más difícil el abastecimiento de las ametralladoras, que en un momento pueden gastar una cantidad muy crecida de cartuchos. Son las ametralladoras los más tremendos gastadores de municiones en las guerras modernas. Aunque no disparan más que en momentos decisivos, es el gasto que hacen tan grande (500 disparos por minuto), que las municiones que cada máquina lleva resultan insuficientes, 14,550 cartuchos por pieza. Es objeto de cuidado especial de los jefes no ordenar el disparo de ametralladoras sino con gran precaución y prudencia.

La artillería se provee de las columnas ligeras de municiones, las cuales, a su vez, se abastecen de las columnas pesadas. Para los cañones de campaña corresponden 150 cartuchos, 102 en las columnas ligeras de municiones y 139 en las columnas pesadas. Los obuses de 10 cm. llevan 86 cartuchos por pieza, los de 15 cm., 72. Las columnas del parque de municiones transportan éstas desde la Cabeza de Etapas hasta las columnas pesadas. Este sistema complicado asegura la existencia de parque siempre a la mano cuando se hace necesario en la línea de fuego. La precisión, el buen orden y la economía de fuerzas con que en el ejército alemán en campaña se llevan a cabo estos servicios, serán objeto de consideraciones posteriores.

El sistema inglés de aislar a Alemania totalmente del resto del mundo, se aplica muy especialmente a la importación de aquellos metales y demás materias primeras que encuentran su aplicación en la fa-

bricación de armamento. El peligro, pues, es grande para Alemania de encontrarse falta de tales materias antes del fin de la guerra. Para impedir que esto se verifique, hánse tomado por parte de la administración militar múltiples disposiciones; entre otras, es de gran importancia la que ordena la utilización de todo cuanto se desperdicia en los combates.

En Saint Quentin existe una barraca provisional, que tuvimos ocasión de ver. En ella se almacenan los equipos completos recogidos en los campos de batalla; además, fornituras, enteras y rotas, pedazos de correas, piezas de vestido, retazos de paño, casquillos de cartuchos, espoletas de bronce de proyectiles enemigos, cascos reventados de granadas, y otros mil objetos al parecer inservibles. Algunos soldados se ocupan en separar y ordenar lo que acaban de transportar, recogido en toda la región. Muchas veces hay que escarbar el suelo para sacar trozos de bombas, o espoletas de bronce. Todo, todo hay que hacerlo servir de nuevo; vestidos y objetos de cuero van a equipar, después de reparados, nuevos soldados; los casquillos usados envainarán nuevas balas; del bronce, fundiéndolo, se harán espoletas para nuevas granadas y shrapnells alemanes; los cascos despedazados de granadas servirán también, no para nuevas granadas, ciertamente, pero se les grabará una «cruz de hierro» u otro signo conmemorativo: una fecha, una frase, un nombre francés de ciudad, hasta un verso, para luego, incrustados artísticamente en una placa de mármol o granito, ocupar lugar de honor en los escaparates de la *Leipzigerstrasse* en Berlín y venderlos a buen precio.

La limpieza es la característica del depósito de vestuario. En el fondo, en altos andamios hay que ver centenares de trajes completos, todos grises. Más, mucho más, son los montones de ropa interior, que ahora tiene menos uso a medida que entra la estación cálida. Los calcetines y zapatos son más importantes. En negros racimos cuelgan estos últimos de clavijeros especiales.

Cuidando el almacén se hallan cuatro soldados a las órdenes de un sargento, bonachón, de claros ojos inexpresivos, bajo, cejas casi blancas de puro rubias. No habla una sola palabra, y cuando le miro, aparta la mirada con una sonrisa en los labios. ¡Nos encuentra ridículos! ¿Qué buscamos aquí? Si no deseamos nada de él, podemos marcharnos.

Los soldados, después de cuadrarse a nuestra entrada con los movimientos angulares y rápidos de una máquina, vuelven a limpiar fusiles cuidadosamente y engrasar objetos de cuero; no hay que perder el tiempo en ocios, mientras los camaradas combaten allá fuera, expuestos a la intemperie, al sol y a la lluvia.

Ahora que hablo de la lluvia. De aquella dirección viene. Pronto la tendremos nosotros también. Espesos nubarrones se ciernen en el cielo, hacia sud-oeste, encubriendo los rayos brillantes del sol. El calor sigue sofocante. Desabrochamos nuestros chalecos y nos dirigimos a los hospitales y demás dependencias del servicio de sanidad.

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

CRÓNICA MILITAR

I. Balance del primer año de la guerra.—II. Antiguos elementos de guerra vueltos hoy a emplear.—III. La situación el 5 de agosto

I.—Balance del primer año de la guerra

Cuando al cabo de un año de guerra se vuelve el pensamiento hacia los hechos pasados, parece que un rayo de luz ha ahuyentado las tinieblas que los envolvieron a raíz de su acaecimiento, y se nos presentan claros, sencillos y lógicos; ¿qué más lógica que la realidad?

Motivos había para que todos los beligerantes se lanzasen con entusiasmo a la lucha, ciertos de obtener una victoria rápida y decisiva. Todos se equivocaron en la primera fase; la segunda se planteó sobre bases nuevas, inesperadas, no sin que la precediera un período de desconcierto y vacilación.

Contaba Francia con la invasión alemana por Bélgica, y la esperaba; pero también contaba con la resistencia de las plazas del Mosa y con el concurso de los ejércitos inglés y belga. Mientras éstos, apoyados por algunos cuerpos franceses, contendrían al enemigo y le disputarían a palmos el terreno, se pronunciaría una ruda y vigorosa ofensiva en Lorena, amenazando de flanco al ejército alemán que invadiera Bélgica. La campaña se empeñaría en el Este de Bélgica y en Lorena, y no haría falta ganar una victoria decisiva, para que la guerra se resolviera al punto a favor de los aliados. El ejército ruso, en efecto, dispuesto a entrar en campaña desde mucho antes, invadiría la Prusia oriental, la Silesia y la Galizia, y antes de que los alemanes y los austriacos acudieran a este peligro, estaría amenazada Berlín e invadida Hungría. Si, para contener a los rusos, los alemanes retiraban tropas del O., entonces la guerra se decidiría en este teatro, acaso antes que en el oriental.

Este plan, aparentemente de resultados seguros, ¿estaba bien fundado? Parece extraño que los cuarteles generales de cuatro naciones—dos de ellas, Inglaterra y Francia, tan duchos en achaques de alianzas—no se percataran del vicio fundamental de que adolecen las coaliciones: se esperaba todo o casi todo de la ayuda y acción ajenas, y muy poco del esfuerzo propio. Falló la resistencia de los belgas, el apoyo inglés apenas pasó de la categoría de lo nominal, el empuje ruso quedó desbaratado a los veinte días, y la invasión de Galizia fué una torpeza imperdonable. De esta suerte, a las tres semanas de iniciadas las hostilidades se rompió la unidad militar de la coalición, y cada una de las cuatro potencias—sin contar a Serbia—laboró por sus objetivos directos e inmediatos.

Los franceses quedaron derrotados en Lorena; ellos mismos y los ingleses y los belgas, fueron barridos de Bélgica, y el alud alemán se precipitó sobre París. Al mismo tiempo, la destrucción de los ejércitos rusos que habían invadido la Prusia oriental, fué una revelación—para los que se obstinaban en cerrar los ojos—del poderío militar alemán, de la pericia de sus generales y de la solidez de sus tropas. Ni la ocupación de Galizia, ni las tímidas y deslabazadas tentativas de invasión de Hungría, pu-

dieron borrar la impresión causada por las victorias alemanas en Tannenberg y Gerdauen.

Equivocáronse también los alemanes. Conociendo cuán lentas y premiosas debían ser la movilización y concentración rusas, arrojaron el mayor golpe de sus tropas contra Francia; pero en el momento crítico, cuando más necesario era un último esfuerzo para alcanzar la victoria final en el Oeste, la imprevista presencia de enormes masas rusas les obligó a desatender el teatro de operaciones de occidente, para correr con prontitud al peligro que amenazaba destruir a los austriacos y comprometía las fronteras de las dos Prusias y Silesia. Tal vez este error de los alemanes—desechar la inminencia de la entrada en línea de Rusia—les ha sido altamente ventajoso; porque si hubieran comenzado por concentrar el grueso de sus fuerzas en el Este, es posible que los franceses obtuvieran alguna victoria, y no hay ejército en el mundo cuyo espíritu se inflame tanto y cuya energía se desarrolle hasta sus últimos límites, como el francés, cuando los laureles del triunfo se posan sobre sus banderas.

Tan engañados como los alemanes, los austro-húngaros se aventuraron imprudentemente en Rusia, concluyendo por ser batidos y expulsados de casi toda la Galizia. Pero, en vez de servir estos descalabros para que cada cual atendiera a su propia conveniencia—como aconteció en el campo aliado—, la desgracia unió con más firmeza a los imperios centrales, que desde entonces han desenvuelto sus operaciones con perfecta unidad y completo acuerdo.

Septiembre y octubre fueron meses de vacilación e incertidumbre en los dos campos. Apenas se comprueba prácticamente la resistencia de la línea del Aisne y se derrumba Amberes, Alemania toma su partido: se mantendrá a la expectativa en el Oeste y volverá todas sus fuerzas contra Rusia. Metódicamente, implacablemente, los austro-alemanes van arruinando y quebrantando al coloso moskovita; y así que lo han desconcertado y descompuesto, da comienzo en Curlandia y continúa en Galizia la magnífica ofensiva que en los presentes momentos se acerca a su período final.

Mientras tanto, la resistencia inquebrantable de los alemanes en el Oeste, apaga las esperanzas que acaso pusiera Francia en las batallas libradas por Joffre, siempre con éxito desgraciado; y por si no bastara, el invasor ataca a su vez, y consigue que las modificaciones que los combates introducen en el frente de batalla le sean en conjunto ventajosas.

Demasiado reciente está la intervención de Italia, para que sea menester añadir que, hasta ahora, la acción de sus tropas no figurará en los anales donde se escriben para la posteridad las glorias militares.

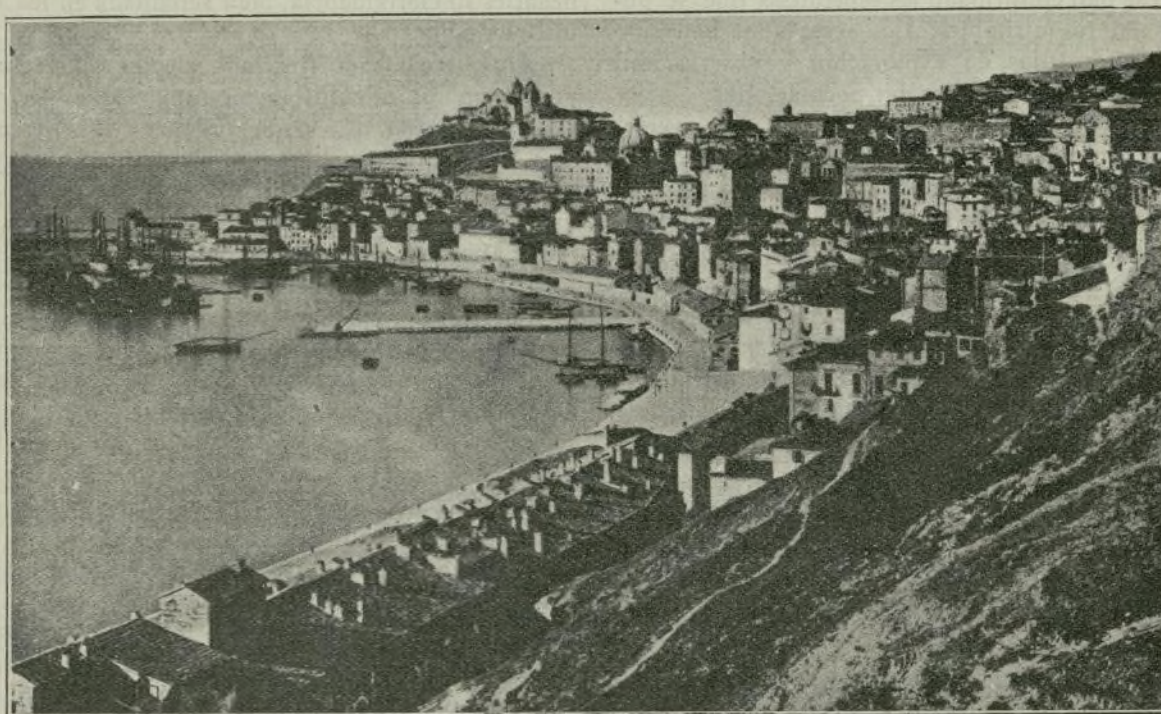
Si los generales eminentes que dirigen las operaciones se han equivocado, ¿qué mucho que este modesto crítico haya incurrido en errores, ya de hecho, ya de apreciación? Pero me cabe la satisfac-

ción—séame lícito declararlo por una sola vez—de haber acertado en conjunto y en lo esencial; nadie mejor que mis lectores lo sabe, y no soy yo el llamado a decir si son pocos o muchos los escritores de todos los países que comparten conmigo aquella satisfacción. No se debe el acierto a la intuición, ni al entendimiento, ni siquiera a las depuradas fuentes de información; se engendra en el conocimiento previo y desapasionado de los diferentes ejércitos beligerantes, no aquel conocimiento que se encuentra en los libros, si aquel otro, obra paciente de largos años, que abraza los factores morales y nacionales, que llega al espíritu de las tropas—dígase pueblos—y se da cuenta de las características del mando.

Se ha confirmado plenamente la reputación del ejército alemán; irresistible en la ofensiva, invenci-

ciativa que el hombre del pueblo desconoce, ni encaja en el modo de ser de la nación rusa un mando inteligente que, a la manera como la sangre se difunde por el organismo, descienda desde el jefe supremo al último oficial, latiendo por igual en todas partes. Si el mando mejorara, el ejército ruso no tendría rival; pero, para que aquel mejorase, sería menester que el pueblo evolucionara, y entonces la primera materia dejaría de ser tan buena como es hoy.

¡No sin tristeza recordará el ejército francés sus puras glorias de otros tiempos! Bien se ha batido y bien se bate; el espíritu de abnegación y sacrificio de que da muestras en la interminable guerra de trincheras, es algo que muchos creían desaparecido; conserva la fibra y la raíz del buen soldado, pero la decadencia moral de la nación ha marcado hue-



Vista del arsenal de Venecia

ble en la defensiva; sus generales, aptos, capaces, reflexivos, y dotados de una resolución que nadie ha podido igualar; si en la quietud del gabinete sobresalen, descuellan como hombres de acción, y tienen sus nervios tan bien templados que jamás la serenidad y la impasibilidad se apartan de sus corazonas.

Al lado de los alemanes, el ejército austro-húngaro ha realizado progresos notabilísimos en todos los órdenes. Merece el segundo lugar, pues si bien es inferior al ruso en solidez, le aventaja en espíritu y en el mando. Las tropas que se batieron en Galicia en septiembre de 1914, no son las mismas que luchan ahora en Rusia y contra los italianos; al soldado le faltaba la fe ciega en el superior, y el jefe sentía demasiado temor a la responsabilidad; además, no había verdadera unidad en el ejército, formado por muchos pueblos de diferentes razas e idiomas. Hoy, han desaparecido estos orígenes de debilidad.

El ejército ruso ha progresado mucho, más de lo que se creía, desde 1905. A la defensiva, sólo le supera el alemán; en la ofensiva sigue siendo deficiente; ni es posible que el soldado haga gala de una ini-

llas indelebles, que no pueden en justicia ser achacadas al ejército. Sus generales y oficiales han sido las primeras víctimas de un estado de cosas que no podían remediar. No es obra difícil volver a hacer del ejército francés lo que antes era, aunque esa obra debe ser nacional y no meramente militar.

Mandados por alemanes, los turcos han recobrado su antigua reputación, justamente maltrecha hace dos años. En la defensiva, pueden competir con cualquiera otro soldado.

Excelente combatiente individual, el soldado inglés adolece de falta de instrucción adecuada. Bien mandado y encuadrado, no tendría que bajar la vista ante ningún otro. El mando ha sido y continúa siendo deficiente; aún no se ha asimilado los métodos de la gran guerra, y por más que se esfuerza en ponerse a la altura de su misión, pesan demasiado sobre él los resabios y prácticas adquiridos en campañas coloniales e irregulares.

Como guerrilleros y montañeses, el serbio y el montenegrino son insuperables. La pequeñez de aquellos ejércitos no les pone en condiciones de medirse con grandes masas bien organizadas.

Al ejército belga se le encomendó una tarea superior a sus fuerzas cuando apenas acababa de entrar en las corrientes modernas; en realidad, no existía, si se da a la voz ejército el alcance que hoy tiene.

Es prematuro todavía modificar o confirmar el juicio que en otra ocasión expuse sobre el ejército italiano.

Al bloqueo decretado por Inglaterra, Francia y Rusia contra los imperios centrales, respondieron éstos con la acción de los submarinos. Esta, por fortuna para las naciones débiles, de mucho litoral, ha sido una de las mayores revelaciones de la guerra. Alemania ha realizado prodigiosos progresos en la construcción de sumergibles, pero, como siempre, no es el instrumento en sí mismo, sino quien lo maneja, el que da valor y eficacia al arma.

No se han confirmado las esperanzas que se pusieron en los dirigibles. Los aeroplanos han sido excelentes medios de exploración y observación; como armas, se puede esperar poco de ellos.

Los automóviles han desempeñado un papel de primer orden, tanto en la invasión, como en las batallas, como en los servicios de retaguardia. Los ferrocarriles y carreteras son una de las mejores garantías de la defensa nacional si están bien estudiados; nación que no se preocupe de este asunto, pagará muy cara su indiferencia. En general, no ha habido rama de la ciencia ni de la industria que haya dejado de aplicarse; a la química y a la electricidad les está reservado un inmenso campo de acción en la próxima guerra.

La artillería pesada ha resuelto por sí misma no pocos combates, y ha compensado en otros la inferioridad numérica. Las ametralladoras son tan necesarias como los fusiles; jamás su número será excesivo.

Hecho natural, aunque a primera vista parezca paradójico: ha crecido la importancia de todas las armas y servicios; nada hay auxiliar o secundario; todo es esencial, desde la infantería que se bate en las guerrillas hasta los hospitales de evacuación. Consecuencia: la guerra es cada día más difícil y cada día necesita más de los entendimientos superiores y escogidos.

Nadie puede preciarse de haber obtenido la victoria final; pero, sea cual fuere la suerte que el destino le reserva, Alemania merece el dictado de invencible; si sucumbe, será cuando no le queden hombres ni sangre. Contra un mundo de enemigos, todos han vuelto sus espaldas a las bayonetas alemanas. Ni el número, ni las nieves y la falta de caminos, ni el aislamiento en que se encuentra, han sido bastantes a abatirla; y aún le han sobrado energías para apoyar a Austria—que le ha compensado este auxilio—e infundir un espíritu en el cuerpo decadente de Turquía.

¿Ha sido este magno hecho, del que no hay otro ejemplo en la historia, fruto de la preparación, de la previsión, de la organización, según se afirma en Inglaterra? ¿Es acaso obra de los que gobiernan el Estado, o consecuencia de la unión de los diversos pueblos que integran el Imperio? La dotación de municiones y de material de guerra ¿serán por ven-

tura los factores decisivos que explican el misterio? El cuerpo de oficiales y la instrucción y disciplina de las tropas ¿no justifican las victorias?... Cada una de estas circunstancias positivas, y todas ellas juntas, necesariamente han debido concurrir para que al cabo de doce meses de guerra Alemania ocupe la situación envidiable en que se encuentra; pero no basta, debe de haber algo más. Es tan abrumadora la superioridad material, humana, de los aliados, y tan ventajosa su situación concéntrica contra los imperios centrales, aislados y bloqueados, que forzosamente y pese a sus cualidades y organizaciones Alemania debiera haber sucumbido; así lo creyeron firmemente entendimientos tan despiertos como los gobernantes de las naciones aliadas; ni siquiera dudas a este respecto abrigaron los estadistas británicos, a quienes nadie osará inferir el agravio de negarles su clarividencia, bien acreditada en los dos últimos siglos.

¿Qué desconocido y extraño elemento ha echado por tierra los cálculos mejor fundados, creando la situación actual, que nadie previó en aquellos países? Aquel que es el móvil de las acciones más extraordinarias; el más desdeñado, precisamente porque no es dado a todos alcanzarlo; ¡La fe, la fe en un ideal! Merced a esta fe en el destino de su pueblo, a este ideal de orden superior inseparable de un espíritu religioso, místico, austero, ha surgido el alma alemana, fundiendo los sentimientos y los deseos más diversos en una aspiración única: la defensa de la patria. Frente a esa unidad espiritual, a esa alma alemana ¿pueden oponer los aliados un alma inglesa, otra francesa y otra rusa? Esterilmente y en vano se debaten los hombres más perspicaces del otro lado del Pirineo, de más allá del canal y del oriente de Europa, por despertar la comunión espiritual de sus compatriotas. Es inútil; cuando la civilización toma cauces demasiado materiales, en unos casos, o se encuentra en sus albores, en otros, el equilibrio se rompe con perjuicio para los fundamentos éticos y morales de la sociedad.

No deben jactarse los alemanes de esta ventaja cuyas excelencias gozan ahora. Han llegado a ella, como los demás pueblos, por una evolución histórica; podrán retenerla algún tiempo, si proceden con sabiduría, pero a la larga la perderán. Y es menester que la decadencia de un pueblo se acentúe y agrave, para que renazcan la sobriedad en el disfrute de los goces materiales y la pureza de costumbres; para que, ante el peligro de desaparecer para siempre, reaccionen las conciencias y voluntades, y comience otro período ascendente. ¡Cuán cerca estamos de él en España si la prudencia y un sano y elevado patriotismo nos inspiraran!

¿Cómo se sintetizan los portentosos acontecimientos del primer año de una guerra sin precedentes, y cuyas víctimas se cuentan por centenares de millares? Al comenzar el mes de agosto de 1914, una pregunta estaba en todos los labios: ¿cuánto tiempo aguantará Alemania? Hoy, abatida Rusia, impotente Inglaterra, dominada Bélgica, contenida Italia e inutilizadas Serbia y Montenegro, otra interrogación se ha abierto paso en la conciencia universal: ¿resistirá Francia? No habremos de esperar otro año para conocer la respuesta.

II.—Antiguos elementos de guerra vueltos hoy a emplear

Hace ya tiempo que algunos destacamentos franceses que cubren las trincheras más expuestas al tiro enemigo, han sido dotados de capacetes de acero, de poco peso; los resultados han sido tan satisfactorios, a pesar de que el poco espesor del metal no evita la penetración de las balas, que se está fabricando, y tal vez haya comenzado su reparto, una gran partida de capacetes de aquel metal, de bastante espesor. Se adaptan y cubren todo el cráneo, y llevan una viseira anterior y otra posterior, de modo que a voluntad quede protegida la parte superior del rostro o mejor resguardada la nuca. Estos capacetes, que se llevan bajo el kepi, se emplearán solamente en el servicio de las trincheras más avanzadas y por los destacamentos que, en los ataques, marchan a vanguardia para arrojar granadas de mano y cortar las alambradas. Se observaba desde noviembre de 1914, que las más de las heridas de los hombres que había en las trincheras eran en la cabeza, y que no bastaba que los parapetos fueran más altos que la estatura humana, porque muchos proyectiles entran a través de las aspilleras y troneras, contra las cuales dirigen su tiro algunos excelentes tiradores alemanes; de aquí la adopción de los capacetes. Pero no ha sido sin detenidos informes y estudios, porque la bala que consigue perforar el capacete causa heridas mucho más graves que si la cabeza está simplemente cubierta por el kepi. Se ha comprobado que, merced al espesor del metal, y a la forma esférica del capacete, los más de los proyectiles resbalan tangencialmente, produciendo meras contusiones a lo sumo. El mucho peso de este cubrecabezas, reduce su empleo a los servicios más expuestos y durante los combates, siendo inaplicables en la guerra en campo abierto. Se vuelve así a prácticas de la edad media que parecían abolidas para siempre, aunque tenían una fundada razón de existencia. No será ocioso recordar que tales capacetes, de materiales más ligeros, eran reglamentarios en nuestro ejército, hace poco más de medio siglo, para los zapadores en general y, más especialmente, para los que construían las cabezas de las zapas. Los ingleses están ensayando un modelo parecido al adoptado por el ejército francés.

No pocos oficiales y soldados franceses usan también, desde el último otoño, corazas de acero, que se costean de su peculio particular y han sido toleradas. Las fabrica la industria particular, habiendo modelos de todas clases y precios, desde 90 a 200 francos. No han resultado tan eficaces como los capacetes, pero hay quien las recomienda para los destructores de alambradas y granaderos. Otros, desenterrando una idea que estuvo de moda en fecha reciente, propone la adopción de escudos que se hincan en tierra, de pie, y protegen al tirador: una ventanilla permite la puntería y el paso del cañón del fusil. Recordaré que tales escudos se emplearon profusamente por los japoneses en los trabajos de aporche próximo contra la fortaleza de Port Arthur, en la última guerra manchuriana.

Otro invento que debe registrarse es el del «silencioso». En los últimos años se hicieron estudios y experimentos para conseguir que el disparo de un arma de fuego no fuera seguido por el ruido debido

a la conmoción del aire; en los Estados Unidos se propusieron algunos tipos muy ingeniosos, que, al parecer, no se han generalizado. En Gallipoli, los turcos se valen de un «silencioso», de origen alemán. Consiste en dos pequeños tubos de bronce, que se adaptan a la boca del fusil, y dejan intermedio un pequeño espacio, ocupado por un muelle de acero; en el momento del disparo, el aire expelido del ánima del fusil empuja el muelle hacia fuera y el ruido se apaga; es una transformación del trabajo.

También en los Dardanelos, los ingleses se sirven de automóviles acorazados, de gran potencia, para destruir las alambradas turcas. Los carruajes llevan en la parte posterior unos ganchos a los que se sujetan cortas y fuertes cadenas, que se ligan a las alambradas; ejecutada esta operación previa, el automóvil arranca a toda velocidad, y arrastra tras sí una porción mayor o menor de alambrada. Es claro que este método sólo puede emplearse si lo permite el terreno y el enemigo está escaso de artillería. Es la idea inversa de los carros de hoces de los antiguos.

La conclusión que se deduce de todo esto es, por una parte, que en la eterna lucha entre el proyectil y la coraza, la segunda no debe jamás darse por vencida total y absolutamente; y, por otra, que distan aún mucho de haberse aprovechado con fines militares todos los adelantos y progresos de la industria. Apenas termine la guerra, es de esperar que se desplegará una actividad febril en este sentido.

III.—La situación el 5 de agosto

La guerra se ha reducido a la campaña de Rusia; no parece sino que los ejércitos que operan en los demás teatros hayan quedado suspensos y absortos, ante la grandiosidad de la maniobra que desenvuelven los alemanes.

Varsovia está en manos de los alemanes; Ivangorod ha caído con ella, precisamente cuando los rusos hacían un supremo esfuerzo para contener al ejército de von Voyrsch, que en los últimos quince días ha desempeñado un papel preponderante en la campaña. Examinemos brevemente la nueva situación creada por esos hechos de importancia tan extraordinaria.

Los ejércitos del ala izquierda, luego de apoderarse de Mitau y de acercarse más a Riga, han derrotado al enemigo y avanzado al E. de Skopischki, a 50 kilómetros de Ponevyesch. La marcha se efectúa en dirección de Dünaburg, hacia la gran arteria férrea Petrogrado-Vilna-Varsovia, pero, principalmente, tiende a envolver la línea del Niemen y a cortar las comunicaciones del centro e izquierda rusos con el río. Los 40.000 jinetes alemanes que hay en Curlandia, desplegados en amplio frente, cubren los movimientos del grueso y llevan el desconcierto al enemigo. Al S. del río, continúa el avance, más lento, sobre Kovno, que pronto sentirá los efectos de la artillería alemana.

Los ejércitos del centro prosiguen su acción al E. del Narev, tratando de cortar la retirada a las tropas de Varsovia y Novo-Georgievsk. El centro ruso ha quedado definitivamente roto, pero como las consecuencias de este hecho serían fatalísimas para el vencido, el gran duque ha lanzado sus últimas reservas al bajo Bug, para impedir que el enemigo fuerce el paso del río.

La línea del Vístula, Varsovia-Ivangorod, está en poder de los alemanes.

En todo el frente Nueva Alejandría-Lublin-Jolm los rusos han sido derrotados; expulsados también de la posición paralela que habían preparado 20 kilómetros más al N. Su retirada es general. Pero habrán de sacar fuerzas de flaqueza y seguir resistiendo, si no quieren que el ejército del centro sea envuelto y puesto en dispersión.

Como es natural, las victorias de von Mackensen han abierto una solución de continuidad entre Jolm y el Bug; y las tropas que en la orilla derecha de este río mantenían un enlace precario con las huestes de Ivanov, poco menos que aprisionadas en el extremo de la Galizia oriental, han tenido que ceder, derramándose al E. del Bug el ejército austro-alemán de observación que comenzó a pelear en Sokal, y ha entrado en Vladimir Volinsky, en la dirección de Kovel.

La situación, como se ve, es de extremada gravedad para los rusos. Rota su línea en varios puntos y en retirada todas las masas, ¿en qué condiciones va ésta a ejecutarse? De la respuesta que den los hechos depende que acabe la resistencia de Rusia o que todavía se prolongue algún tiempo. La campaña está ya resuelta.

Dejando a un lado las tropas de Ivanov, fuera de combate, el ejército ruso del S., entre el Vístula y el Bug, ha de replegarse a Brest Litovski, para proseguir a Bielostock y Vilna, o a Minsk o a Pinsk. La primera dirección sería la mejor, la única buena, porque permitiría la reunión de todos los ejércitos y proseguir, más adelante, las operaciones con unidad de acción; pero antes de llegar a Bielostock es casi seguro que la línea de Vilna será cortada, y aquella masa tendrá que marchar de flanco hacia Minsk (véase el mapa número 31, cuaderno 44), recorriendo un camino más largo que el abierto a la izquierda alemana. La línea de retirada que ofrece plena seguridad es la de Pinsk; pero, si se la adopta, el ejército del S. quedará separado de los del N., y acabará por ser arrojado a los pantanos del Pripet, donde se deshará.

El centro, desde Ivangorod a Ostrolenka, es casi seguro que sea dividido en dos grupos por el avance de von Voyrsch: uno, tenderá a reunirse con el ejército del S., sobre Brest Litovski; el otro ha de intentar escapar hacia Bielostock, bajo la amenaza de las fuerzas de von Gallvitz, que desde el Narev pelean por llegar y franquear el Bug. Dentro de muy pocos días se despejará esta situación.

Se alejan las esperanzas de que los ejércitos del N. puedan llegar a Dünaburg; más probable es que tengan que replegarse a Minsk y se dificulten extraordinariamente sus comunicaciones, como las del centro e izquierda, con el N. de Rusia, las más necesarias y vitales para la continuación de la guerra.

De modo, que hay el peligro extraordinario de que los rusos sean divididos en dos masas, quedando inutilizada la del S. y muy debilitada la del N.; o que, apresurando el movimiento y abandonando material de guerra, y al precio de muchas bajas, todo el ejército, menos Ivanov, tome la dirección de Moskú; entonces, el S. y el N. O. de Rusia estará abierto a los alemanes y amenazados los dos flancos de los restos del ejército. ¿Puede continuar una campaña en estas condiciones? Se hará o no se hará la paz, pero sería una locura imaginar que Rusia podrá reparar estos desastres; cuanto más se obstine en luchar, tanto más duras serán las condiciones que al fin tendrá que aceptar. Un gran bien sería para ella que sus ejércitos fueran cortados y tuviera que resignarse desde luego a lo que es ya inevitable.

El ala izquierda alemana (en Curlandia), aquella de la que se dijo que perdía el tiempo y ni ella misma sabía lo que se proponía, es la dueña de la situación. Desde primeros de mayo, el gran duque no ha visto otros peligros que los del Sur: Galizia y Polonia meridional; los ejércitos de Mackensen han sido el imán que atrajo la muchedumbre rusa, y entre tanto la tempestad se fraguaba en el Narev y el Niemen; el indolente (!) von Voyrsch obró en el momento oportuno como irresistible ariete.

¿Por qué no se retiró a tiempo el gran duque, como aconsejaban las circunstancias y pedían a coro los críticos de sus aliados? De las varias explicaciones que se han dado, ninguna me parece acertada; la única que creo verdadera es que si ha afrontado la situación hasta que las circunstancias le han doblegado, es porque no ha *podido* hacer otra cosa. El asunto es más que interesante para que le dedique algunas líneas en otra *crónica*. Desaprovechó la ocasión que se le presentó después de la pérdida de Przemysl, y los alemanes le impusieron su voluntad a la que ha tenido que sucumbir.

La conquista de Varsovia e Ivangorod son hechos de tal magnitud, que no deben tratarse a la ligera. Esperemos conocer los detalles principales para deducir la significación y alcance de estos acontecimientos, los más salientes de la guerra.

En conclusión: la campaña contra Rusia se está desarrollando con bastante más rapidez de lo que nadie esperaba. ¿Era o no cierto lo que escribí el 20 de febrero sobre la declinación del poderío ruso y el haber quedado inutilizados los moskovitas para toda empresa ofensiva? Los robustos sillares han cedido a los golpes formidables de la maza alemana, y ahora el colosal edificio, pese a los puntales que se le han puesto, presenta señales de ruina y está a punto de derrumbarse con estrépito.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

6 agosto 1915.